

Emilio Gentile

## Quién es fascista

Traducción de Carlo A. Caranci. Madrid: Alianza, 2019, 222 págs.

Solo por ser uno de los más prestigiosos historiadores de un fenómeno de la relevancia del fascismo italiano, la obra de Emilio Gentile merece ser conocida fuera de los ámbitos estrictos de su disciplina. Cabe recordar además que este autor aplicó en su momento conceptos y teorías procedentes de la sociología y de la filosofía política a su objeto de estudio, lo que le permitió analizar el régimen mussoliniano como una religión política, basada en una sacralización del régimen que permitía definir al Estado fascista como totalitario, interpretación que chocaba con otras predominantes, como la de Arendt, quien no acabó de ver las mismas características en Italia que en la Alemania nazi o la URSS de Stalin. Pero el interés interdisciplinar de la obra de Gentile se ve reforzado con este ensayo, pues su objetivo no es primordialmente histórico: se trata de saber si, como tanto se afirma ante la llegada al poder de líderes como Trump y Bolsonaro, o ante el auge de partidos como la *Lega* y *Vox*, nos encontramos ante un auténtico retorno del fascismo, o si, por el contrario, no estamos asistiendo a una inflación del término que nos impide comprender lo que realmente sucede. Para ello, recurre a la historia, sobre la premisa de que “no podemos prescindir del fascismo histórico para establecer si existe realmente una vuelta del fascismo que amenaza a la democracia” (p. 25).

Retomando una fórmula ya empleada en otro libro reciente (Gentile 2018), el autor se autoentrevista, sintetizando con cada pregunta debates o interrogantes que desde diversos ámbitos se le han planteado durante los últimos años. Desde el principio deja clara su posición: no estamos ante un retorno del fascismo, ni en Europa ni en ninguna otra parte del mundo. No sólo se presenta así como un analista político ubicado en las antípodas de numerosos títulos que proliferan durante los últimos años por las librerías, sino que su posicionamiento frente a posturas anteriores (ya casi clásicas), como las de Umberto Eco, le lleva a interesantes reflexiones que atañen a la naturaleza del propio conocimiento histórico. Y es que hablar de un “fascismo eterno”, como hiciese el autor aludido,

que resurgiría periódicamente, implica una visión “ahistoriológica” (neologismo que acuña Gentile), pues “atribuir la eternidad a un fenómeno histórico (...) implica una grave distorsión del conocimiento histórico” (p. 13). Así, sin un conocimiento preciso de lo que fue el “fascismo histórico”, nunca podremos definir si hoy hay realmente fascismo o si, por el contrario, estamos calificando incorrectamente a fenómenos políticos que incluso presentan características opuestas al mismo. Es más, la tesis del eterno retorno tendría un efecto paradójico (una profecía que se autocumple, podríamos decir, aunque Gentile no recurre a esta terminología), consistente en proporcionar una visión mítica sumamente sugerente del fascismo que resultaría atractiva a jóvenes que poco saben del fascismo histórico. Por otra parte, si es cierto que el fascismo vuelve continuamente, cabe deducir que el antifascismo se vería condenado a una perpetua derrota.

Es evidente que asistimos a un crecimiento de partidos y líderes de extrema derecha que han conseguido llegar al poder, pero un análisis detallado de los mismos nos permite apreciar tantas semejanzas como diferencias entre ellos (por ejemplo, el centralismo nacionalista de raíz católica de Vox está muy lejos del autonomismo de raíz secesionista de Salvini); por otro lado, tampoco es difícil constatar analogías formales entre el fascismo histórico y diversos regímenes, tanto del pasado como del presente, que pueden ser incluso antifascistas (y aquí acumula ejemplos, que recorren desde la Revolución Francesa hasta De Gaulle, pasando por el racismo característico de los EEUU desde su fundación). Por otra parte, cabe preguntarse por qué el fascismo es la única forma política que goza de tal consideración de inmortalidad, pues no se habla por ejemplo de un “jacobinismo eterno”, ni un “comunismo eterno”.

A intentar dilucidar estas cuestiones dedica el libro seis capítulos, cerrados con un útil epílogo en el que, a través de diez puntos, se sintetizan las características organizativas, culturales e institucionales del fascismo histórico. Comienza Gentile su argumentación con un capítulo de título provocador: “El fascismo nunca ha existido”. Aquí, alude a un proceso de banalización expresado en la frecuente afirmación, tanto por parte de cierto sector de la historiografía como de la politología, de que el fascismo italiano se redujo a poco más que Mussolini y la parafernalia que le rodeaba. Es decir, los colaboradores más estrechos del Duce, los cuadros del partido y las masas que durante tanto tiempo le aclamaron no serían en realidad fascistas. Para Gentile, esto no sólo es una falsedad evidente –como se ha ocupado de intentar demostrar en libros anteriores– sino que ha servido para dulcificar el apelativo de fascista, abriendo así una de las líneas

interpretativas que permiten ver fascismo en cualquier lugar e incluso en cualquier tiempo.

A continuación, y argumentando siempre desde la base de datos históricos, se constatan las dificultades para definir al fascismo, señalando los múltiples significados que el adjetivo “fascista” experimentó desde finales del siglo XIX, y precisando que este precedió al sustantivo “fascismo”. Se destaca la heterogeneidad ideológica de los primeros pertenecientes a los *fascios* (término utilizado en principio como sinónimo de asociación), en los que no faltaban militantes de izquierda. En realidad, fue primero la definición de Hitler como fascista –tras el fracaso del *Putsch* de Múnich en 1923– la que empezó a internacionalizar la concepción del fascismo como una fuerza internacional antiproletaria, mientras que la Segunda Guerra Mundial, concebida como una lucha entre fascismo y antifascismo, “mundializó definitivamente el uso de la denominación originaria del movimiento mussoliniano” (p. 65). Una vez finalizada la guerra y derrotado el fascismo (definitivamente, a juicio del autor), será en plena postguerra, con las advertencias del regreso del mismo con nuevos disfraces por parte de autores como Togliatti, cuando se inicia la tradición interpretativa que habla de la ubicuidad y del eterno retorno del fascismo. Este ilusión fantasmagórica se ve legitimada también desde las ciencias sociales por la aceptación de la existencia de un “fascismo genérico”, que englobaría a la dictadura italiana como una modalidad de un fenómeno mucho más amplio (y aquí no proporciona referencias bibliográficas, pero no podemos dejar de pensar, por ejemplo, en Adorno y su célebre “escala F”). Pero en realidad esta visión hundía sus raíces desde mucho antes, pues ya durante los años del asentamiento de Mussolini en el poder había aparecido la figura del “antifascista fascista”, cuando ni aquellos que lucharon contra el régimen de Mussolini, e incluso sufrieron represión, se libraron de ser declarados fascistas por parte de un comunismo preso de la doctrina estalinista del socialfascismo. Así, antes del giro marcado por el dictador soviético llamando a la unidad del frente antifascista, ya en plena conflagración mundial, los comunistas se arrogaron el derecho de decidir quién era o no fascista y, en un momento determinado, lo fue todo aquel que no militase en sus filas, lo que contribuyó en realidad a facilitar el ascenso de Mussolini, debilitando a una izquierda que se fragmentaba desde su interior mientras era destrozada físicamente por la violencia fascista.

A continuación, en una apretada síntesis de su vasta producción anterior, se nos presenta por fin la figura del “fascista totalitario”, muy distinto del diecinuevista: esto es importante, pues para Gentile el fascista de 1919 está todavía muy lejos, en ideología y en organización, del fascismo histórico que pronto llegaría al

poder destruyendo a las organizaciones de izquierda y erigiendo un régimen totalitario. Se recuerda así la rápida metamorfosis que, en 1921, experimentan tanto el pensamiento de Mussolini (quien todavía en 1920 elogiaba el más radical individualismo, al tiempo que exhibía un discurso antiestatalista que le permitía elogiar la anarquía) como el movimiento fascista que, con su escuadrismo (no promovido por Mussolini, quien no se erigió como Duce indiscutido hasta una fecha tan tardía como 1926), adquiere las dimensiones de un partido de masas radicalmente nuevo. El fascismo totalitario es un proceso nunca terminado, en marcha constante; un movimiento revolucionario que, lejos de quedar atrapado en el tradicionalismo, mira siempre al futuro. Supone una revolución antropológica, un experimento para el troquelado de un nuevo hombre y una nueva civilización, racista e imperialista, lo que exige un fuerte esfuerzo de regeneración nacional basado en la ya aludida sacralización de la política. Bajo el encuadramiento de las masas por parte del partido-milicia (algo que ni siquiera los bolcheviques habían concebido), el totalitarismo persigue la subordinación, integración y homogeneización de toda la comunidad, un “ciudadano colectivo organizado” y unido por la fe en el Duce. Y -lo que es muy significativo para la argumentación del autor- no olvida Gentile recordar que el fascismo italiano es una experiencia única, en nada reductible a los otros experimentos totalitarios como el comunismo y el nazismo. Una vez llegados a este punto, se plantea de nuevo sobre una base más sólida la cuestión crucial: ¿encajan Berlusconi, Orbán, Trump o Bolsonaro dentro del modelo? ¿Acaso promueven la regeneración totalitaria de un pueblo viciado y corrupto a través de una férrea disciplina, basada en la dirección y encuadramiento de un partido militarizado? La respuesta es clara y contundente: no.

A intentar ampliar las razones que le llevan a tal conclusión dedica el autor el último capítulo, que comienza recordando cómo la teoría del socialfascismo, convenientemente reelaborada, se pone en marcha de nuevo poco después de la postguerra, con el apartamiento de socialistas y comunistas del poder político en Italia, lo que les lleva a hablar de la Democracia Cristiana en términos de un fascismo camuflado. A continuación, se repasan las interpretaciones del fascismo como “fenómeno antropológico” –aquí se podría tal vez preguntar al autor por qué equipara lo antropológico con lo permanente-, que nunca muere “porque hundiría sus raíces en el carácter y costumbres seculares de los italianos” (p. 73). Incidiendo en esta línea se inscriben intelectuales como Pasolini –para quien el fascismo sería un instrumento de la burguesía en la misma medida que la Democracia Cristiana-, que denuncia nuevas formas de fascismo disfrazado de modernización consumista –y, de creerle, cabría concluir que con Berlusconi

habría cuajado plenamente el fenómeno-. Esto no sólo no se ajusta al rigor histórico, sino que, sin darse cuenta, al postular la existencia de italianos “antropológicamente fascistas”, los denunciante reproducirían, dándoles la vuelta, las viejas tesis fascistas que propugnaban la existencia de “dos razas” de italianos, constituyendo el antifascismo la “antiraza”.

Por fin, el terrorismo neofascista de las décadas sesenta a ochenta del siglo pasado, hacen que el antifascismo se renueve, movilizándose ante un peligro que, para el autor, nunca llegó a amenazar de verdad a la democracia. Pues aunque efectivamente haya habido y pueda seguir habiendo fascistas o neofascistas (entendiendo por tales exclusivamente a quienes reivindicuen de manera explícita el fascismo histórico), estos son una fuerza minoritaria y, en algunos casos, sus posturas han mutado en un “postfascismo” que respeta las reglas del juego democrático (lo que no ha impedido su desaparición, como es el caso del Movimiento Social Italiano). En todo caso, no es realista pensar que las derechas que tanto nos preocupan, ancladas en el nacionalismo (que no es, evidentemente, patrimonio exclusivo del fascismo) tanto como en la tradición (lo que los separa radicalmente de la cosmología fascista), aspiren a restaurar un pasado totalitario. Vale la pena insistir en que aquí Gentile es tajante, y refiriéndose a la coalición que tomó el poder en Italia en la primavera de 2018 afirma: “No hay nada que permita detectar seriamente, en el nuevo gobierno, analogías o semejanzas con la llegada del fascismo al poder” (p. 195).

¿Significa todo esto que la democracia no corre peligro? En absoluto: es precisamente la obsesión antifascista la que nos oculta los verdaderos peligros que acechan a los sistemas democráticos. Retomando aquí ideas expuestas en libros anteriores, Gentile afirma que la verdadera amenaza está en esa separación entre el ideal y el método democrático que ha permitido la implantación de la “democracia recitativa”; es decir, la instalación en el poder político, por métodos formalmente democráticos, de oligarquías y camarillas que, frente al ideal de una sociedad de libres e iguales, generan crecientes desigualdades y corrupción. En definitiva, “el peligro real no son los fascistas, reales o presuntos, sino los demócratas sin ideal democrático” (p. 203).

Las aportaciones del autor son dignas de tener en consideración, en un momento histórico en que, efectivamente, hay una inflación de los términos “fascista” o “fascismo”, no sólo por el auge de la extrema derecha, sino por la creciente tendencia a descalificar con tales apelativos a cualquier tipo de oposición o disidencia política (basta repasar los medios de comunicación tradicionales o las redes virtuales para ver que pueden ser calificados como tales desde los

independentistas catalanes hasta las feministas, pasando por el “islamofascismo” o Podemos). Es evidente que sin lograr el máximo de precisión de los conceptos no se puede hacer ciencia social, y en este sentido el libro es una importante llamada de atención. Por lo demás, hay que decir que su postura tampoco es novedosa, ni puede ser atribuida a una cierta estrechez de miras por parte de un historiador para quien el objetivo del método comparativo es precisamente, como afirma de manera explícita, buscar la especificidad de cada fenómeno histórico: desde distintos presupuestos teóricos, Michael Mann (2006) también cerró su imprescindible análisis del fascismo advirtiendo que este es un hecho del pasado, aunque su concepción del mismo sea más amplia que la de Gentile.

Con todo, el libro plantea varios problemas. Algunos serían tal vez de matiz: por ejemplo, nunca habla del papel regenerador que los mitos históricos juegan para esta nueva derecha, y quizás ver al líder de Vox cabalgando amplias llanuras o disfrazado de conquistador castellano pueda proporcionar pistas al respecto. De igual manera, tampoco está de más recordar que, aunque hoy no se hable de un “comunismo eterno”, la extrema derecha actual sí que tiende a calificar de “comunistas” a partidos y organizaciones de izquierda que de ningún modo pueden calificarse como tales. El mito del comunismo, pese a su manifiesta marginalidad política, sigue alimentando pues a algunas derechas postfascistas. Pero, por otra parte, el principal problema es más de fondo: ya sabemos que la historia no se repite, y que el fascismo histórico no va a reproducirse. Pero es sumamente curioso que para un historiador, un fenómeno como el fascismo, pese a su derrota, no haya dejado prácticamente huella alguna: su aplastamiento fue tan definitivo como abrupto su nacimiento. Esto nos lleva a una cuestión más concreta, que es la relación (o la filiación) entre la actual extrema derecha y el fascismo. En este sentido, resulta interesante apuntar como la postura expuesta viene a coincidir con la de otro historiador italiano, Enzo Traverso (2016, 2017), para quien el uso indiscriminado del término fascismo nos oscurece las cosas más que nos las aclara. Pero sin embargo, y pese a las evidentes diferencias, este autor sí que ve una filiación entre el “postfascismo” actual y la extrema derecha o la derecha radical que vemos ascender en la actualidad, dentro de la que habría que distinguir entre formaciones que reivindicaban abiertamente el legado ideológico fascista (como Jobbik en Hungría) y otras que han luchado deliberadamente por dejar atrás su pasado, como el Frente Nacional de Le Pen, a quien, como se mostró en las pasadas elecciones, le cuesta sin embargo cortar definitivamente con su matriz histórica. Además, no deja de ser curioso que Gentile no se plantee siquiera la posibilidad de que, si las relaciones de fuerzas se lo permiten, las variopintas extremas derechas evolucionen de posiciones declaradamente

“constitucionalistas” hacia formas claramente autoritarias, aunque el actual momento histórico dificulte sensiblemente el establecimiento de regímenes totalitarios. El fascismo diecinuevista sí pudo mutar súbitamente en fascismo totalitario, pero parece como si el postfascismo no tuviera capacidad de evolución. Y si bien es cierto que las nuevas derechas no afirman querer establecer dictaduras totalitarias basadas en liderazgos carismáticos, no lo es menos que a todas les une una más o menos abierta “fascinación por el fascismo”, como ha afirmado Rodríguez Jiménez (2006), y que las alianzas e incluso el trasvase a sus filas de elementos fascistas e incluso nazis es un dato incuestionable (el caso de Vox resulta ilustrativo al respecto). También se podría, con Antón Mellón (2012), aducir que las ideas-fuerza y los principios ontológicos de los idearios de la nueva derecha son en algunos casos muy similares a los del fascismo y, aunque ello no deba conducir a una identificación, no podemos perder de vista el hecho de que, sea más o menos sincera o tacticista la adhesión a los principios democráticos, hay un riesgo de contaminación de la democracia desde dentro. Y esto es algo en lo que no entra Gentile, quien ni siquiera sugiere el papel que puede jugar la extrema derecha en su “democracia recitativa”, ni en qué medida es precisamente una consecuencia de esta. Por otra parte, leyendo el libro tenemos la impresión de que ni el capitalismo ni la hegemonía neoliberal de los últimos años tengan nada que ver con el auge de estos partidos.

Nos encontramos pues ante un libro útil, escrito a contracorriente, que aporta precisiones terminológicas y conceptuales indispensables para comprender en su justa medida un fenómeno actual, pero que dista de dejar zanjado el tema.

#### REFERENCIAS

- ANTÓN MELLÓN, J. (2012): “‘La sangre vale más que el oro’. ¿Son fascistas las ideas-fuerza de la Nueva Derecha Europea?”, en J. Antón Mellón (coord.), *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*, Madrid, Tecnos, pp.237-262.
- GENTILE, E. (2018): *La mentira del pueblo soberano en la democracia*, Madrid, Alianza.
- MANN, M. (2006): *Fascistas*, València, PUV.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L. (2006): “De la vieja a la nueva extrema derecha (pasando por la fascinación por el fascismo)”, *Historia Actual Online*, 9, pp.87-99 (<https://historia-actual.org/Publicaciones/index.php/hao/article/view/138>)

TRAVERSO, E. (2016): "Espectros del fascismo. Metamorfosis de las derechas radicales en el siglo XXI", *Pasajes*, 50, pp.4-20.

TRAVERSO, E. (2017): *Els nous rostres del feixisme*. València, Balandra.

Pedro García Pilán  
Universitat de València